

ANOTACIONES ACERCA DEL CAMBIO SOCIAL Y LA POLITICA

Eugenio Tironi B.

noviembre, 1982

"Intentaré explicarlo con una comparación. La sinfonía es una epopeya musical. Podríamos decir que se parece a un camino que recorre el infinito externo del mundo, que va de una cosa a otra, cada vez más lejos. Las variaciones son también un camino. Conocen ustedes sin duda la frase de Pascal acerca de que el hombre vive entre el abismo de lo in finitamente grande y el abismo de lo in finitamente pequeño. El camino de las variaciones conduce a ese otro infinito, a la infinita variedad interna que oculta cada cosa.

Beethoven descubrió así en las variaciones un espacio distinto y una distinta dirección del movimiento. Sus variaciones son en este sentido una nueva invitación al viaje".

Milan Kundera

El Libro de la Risa y el Olvido. (Subrayado en el original)

Ha cundido en las últimas décadas la tendencia a extender las fronteras del campo de lo político. En Chile ella se ha expandido aceleradamente desde el Golpe de Estado de 1973. Primero por la destrucción y ausencia posterior de cualquier tipo de instancia don de los intereses sociales puedan representarse ante el Estado. Segundo, por la constatación que las bases sociales para tal política (la existencia de una red de organización social) no existe ya; y que lo prioritario por ende es reconstituirla. Tercero, por la verificación de la esterilidad -dado lo anterior- de la acción voluntariosa de pequeños núcleos políticos; los que deben cargar además con la sospecha (estimulada por la sensibilidad que a este respecto ha dejado la dictadura) sobre las prácticas autoritarias a que ellos pueden dar lugar. Y cuarto, por el desmoramiento del edificio de convicciones requerido por el tipo profético de intervención política prevaleciente en los años sesenta.

La situación se presenta así: frente a una política en crisis (por) que habitaba el ámbito del Estado (para gestionarlo, reformarlo, tomárselo o destruirlo) emerge una nueva visión, ya con su consigna identificatoria: "todo es política".

Los esfuerzos de renovación teórica y política del marxismo y del socialismo -en Chile, pero también en otras partes- de hecho se asimilan casi totalmente a esta "nueva concepción" de la política.

El proceso descrito de expansión del campo de lo político sin duda está vinculado a la extensión y complejización del concepto de Estado y a la reflexión que ha habido sobre la localización de las relaciones de poder: como la política siempre ha tenido que ver con el poder y el Estado, la relocalización y el redimensionamiento de estos conceptos ha tenido consecuencias fulminantes sobre aquella.

Althusser, ya en los sesentas, logró convencer de que el Estado era más complejo de lo que se pensaba, mucho más extendido de lo que se veía y, por supuesto, mucho más poderoso de lo que se imaginaba. Esto colaboró bastante al otorgamiento de un sentido estatal a cualquier práctica o institución social; quedando por lo tanto todas ellas expuestas a ser objeto de la política.

Súmese Gramsci, cuyo pensamiento ha alcanzado en los años recientes una difusión (y legitimación) extraordinaria. Para éste el Estado en las sociedades del capitalismo desarrollado ("occidentales") posee dos caras: una coactiva y otra persuasiva; la primera centralizada y corporizada (el "Estado"), la otra diseminada en la sociedad y difícilmente distinguible. Afirmandose en estas dos facetas, la clase capitalista logra una dominación hegemónica. La doble cara del Estado hace pues de la revolución (de la política) una empresa mucho más comprensiva aquí que en los países "orientales" (la Rusia zarista), donde sólo debe vérselas con una cara: la coactiva-centralizada. Frente a la estrategia de la "guerra de movimientos" tipo bolchevique Gramsci propone entonces la estrategia de la "guerra de posiciones" para las sociedades "occidentales".

Las "posiciones" por conquistar se encuentran, para Gramsci, en la misma sociedad. Se trata pues de hacer de todos sus espacios y ámbitos lugares contra-estatales, para-estatales y -en el límite- estatales. Se trata, en otros términos, de politizar (de poner en la lógica del Estado) a toda la sociedad. Mediante este proceso la clase obrera puede arrebatar la hegemonía a la burguesía; puede conquistarla. Si la burguesía tiene al Estado, el proletariado tiene al Partido, el que también debe poseer una cara coactiva y otra persuasiva dirigida a obtener gradualmente la "dirección intelectual y moral" de la sociedad.

La esfera de la política se ha visto también súbitamente ensanchada por la influencia del fascinante pensamiento de Foucault sobre el poder:

- "Entre cada punto del cuerpo social, entre un hombre y una mujer, en una familia, entre un maestro y su alumno, entre el que sabe y el que no sabe, pasan relaciones de poder que no son la proyección pura y simple del gran poder del soberano sobre los individuos; son más bien el suelo movedizo y concreto sobre el que ese poder se incardina, las condiciones de posibilidad de su funcionamiento". (p. 157)

- "... lo importante no es hacer una especie de deducción de un poder que arrancaríamos del centro e intentar ver hasta donde se prolonga, hacia abajo, ni en qué medida se reproduce, hasta los elementos más moleculares de la sociedad. Más bien se debe hacer un análisis ascendente del poder, arrancar de los mecanismos infinitesimales, que tienen su propia historia, su propio trayecto, su propia técnica y táctica, y ver después cómo estos mismos mecanismos de poder han sido y todavía están investidos, colonizados, utilizados, doblegados, transformados, desplazados, extendidos, etc., por mecanismos más generales y por formas de dominación global". (pp. 144-145)

- "... en lugar de dirigir la investigación sobre el poder al edificio jurídico de la soberanía, a los aparatos de Estado y a las ideologías que conllevan, se la debe orientar hacia la dominación, hacia los operadores materiales, las formas de sometimiento, las conexiones y utilidades de los sistemas locales de dicho sometimiento, hacia los dispositivos de estrategia. Hay que estudiar el poder desde fuera del modelo de Leviatán, desde fuera del campo delimitado por la soberanía jurídica y de las instituciones estatales". (p. 147)

- "Cada lucha se desarrolla alrededor de un centro particular de poder (uno de esos innumera

bles pequeños focos que van desde un jefecillo, un guardia de viviendas populares, un director de prisiones, un juez, un responsable sindical, hasta un redactor jefe de un periódico)". (p. 84) M.Foucault, 1979. Microfísica del Poder. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.

Para Foucault el poder debe encontrarse -más que en el Estado- dentro del tejido infinito de relaciones que conforman la sociedad. Ahora bien, como la política se ha definido como "la lucha por el poder" y dado que éste está en todas partes, la política en tonces también está en todas partes: "todo es política" ! (Estará de más abundar de que se trata de una lectura contingente y utilitarista de Foucault, que trata de recuperarlo precisamente para lo que combate el poder).

Pero hay que reconocer que la ampliación del campo de lo político tiene orígenes también en la propia política de izquierda. En las sociedades "occidentales" porque justifica la esterilidad de las fuerzas marxistas para conquistar el Estado, y su consumación es una práctica social de reformas que coexiste con un discurso radical respecto a la cara coactiva del Estado. En las sociedades "orientales" (las de los socialismos reales), porque el "todo es política" justifica también (y refuerza) una realidad donde la omnipresencia del Estado hace que todo sea efectivamente política.

Es preciso marcar distancia de la visión del "todo es política". No es fácil por la difusión extraordinaria que ha alcanzado.

(En efecto, vivimos un período de apogeo del trabajo social (en la sociedad) después del desencanto con la "política tradicional". Del Estado la vista comienza a volverse hacia la sociedad; la disolución en lo público-colectivo deja paso a la revalorización de lo personal y cotidiano; la misma fe se transfiere desde los partidos políticos a los movimientos sociales. Así, un oficio por décadas subvalorado (el del trabajador social), y que oscilaba con relaciones de amor y odio entre el quehacer intelectual y la militancia política, se ha elevado al primer plano: el profesor se convierte en educador popular; el artista se vuelca a las "acciones de arte"; el intelectual aparece haciendo investigación-acción; y el propio militante político —este es el triunfo mayor— se convierte en los hechos en un trabajador social.

Es evidente que el proceso descrito tiene un valor enorme, y que su proyección será determinante para la posibilidad de la democracia en Chile. Sin embargo no hay que dejar de advertir que en gran medida se vuelca la atención hacia los movimientos sociales porque se ha clausurado el acceso a la política; se valora lo personal porque se han triturado las identidades colectivas; en fin, se descubre lo cotidiano simplemente porque la dictadura obliga a vivir-lo descarnadamente).

El "todo es política" es una visión además seductora por su aspiración a masificar la actividad política para inhibir así las dictaduras de líderes o partidos. Pero no es más que eso: seducción. De hecho, al reificar la política esta tesis hace más sutil una concepción totalitaria del hombre y la sociedad; y, por otra parte, al diluir su especificidad, la hace más ineficiente. Más allá de sus buenas intenciones, por lo tanto, se trata de tesis peligrosa.

La política se vuelve ineficiente porque de tanto buscar al Estado por todas partes se pasa fácilmente por alto el Estado real y concreto; de tanto indagar en las relaciones de poder casi no quedan energías para combatir las socialmente; de tanto extender los límites de lo político se queda sin un campo propio. No extraña por lo tanto que se desvalore lo que ocurre en los subterráneos del Estado (el espacio donde la política desemboca); se produzca un distanciamiento frente a la coyuntura (el terreno donde se desenvuelve la política); y se renuncie a globalizar las explicaciones y salidas de los problemas (lo esencial del pensamiento político). Esto lleva -como es natural- a una fuerte apatía por la intervención y organización políticas, que generalmente se acompaña de un desconocimiento de la función de los partidos.

A la par con esas rupturas, el movimiento del "todo es política"/"nada con los partidos"/"todo con los movimientos sociales" va generando su propia práctica, caracterizada por el particularismo, el basismo, el localismo, el largo-placismo. Su diagnóstico tiende básicamente a mistificar el desarrollo de los movimientos sociales, actividades culturales, comunidades cristianas, etcétera. Ello resulta indispensable porque, invisiblemente, se le transfieren a estas instancias las obligaciones políticas (y la fé) que los partidos no lo graron cumplir (o que "traicionaron"), por lo cual en su momento fueron descalificados. Pero estos actores sociales -como es obvio- no logran satisfacer tales expectativas. El esfuerzo desplegado por politizarlos daña y desnaturaliza a movimientos nacidos para otros fines y cuya dimensión política es por definición marginal. Por otra parte, esta pretensión elude o posterga la resolución de una cuestión crucial, como es la de la organización propia que requiere la política para desplegarse.

Como se vé, el intento por transferir así simplemente la política "a la sociedad" volviéndolo todo política no la ayuda ni a ella, ni a la sociedad, ni a las aspiraciones de cambio social.

(En Brasil se desarrolló un fuerte movimiento de base inspirado en estas concepciones. Este eludió por años los temas de las alternativas nacionales, de la representación y organización políticas, de su entronque con vertientes históricas, etcétera. A fines de los setenta, cuando la crisis económica replantea globalmente el esquema de desarrollo seguido y se inicia la "apertura política", este movimiento revela todas sus limitaciones. Se alteraron los ritmos; adquirió importancia la coyuntura; cambiaron las expectativas de la gente; se abrieron nuevos y más amplios espacios para la política; se hizo impostergable contar con propuestas, organización y liderazgos nacionales (por ejemplo: había que participar en elecciones). Esa opo

sición de base brasileña no estaba preparada para semejante giro. Se dieron entonces dos actitudes: una de indiferencia frente a los nuevos procesos, y la otra orientada a dar rápidamente una organicidad política al movimiento. La ausencia de una experiencia previa al respecto hizo que la segunda actitud diera por resultado un partido tradicional que parece copar la autonomía del movimiento social desde el que se originó. Por su parte, la actitud de "indiferencia" frente al proceso político abierto devino simplemente en indiferencia de la gente frente a sus sostenedores, ya que todo el mundo se volcó a las fuerzas políticas en presencia que ofrecía por su intermedio alguna participación en la vida política del país.

Pensando precisamente en Brasil, Cardoso se refirió a lo que aquí se ha tratado de describir como "'pan-politicismo' y 'movimientismo', en general asociado al 'basismo', esto es, la desconfianza en las cúpulas y en las instituciones representativas". Según él este fenómeno se inspira "en una especie de 'populismo religioso' que revaloriza la noción de comunidad". Es Cardoso quien subraya la relación de este fenómeno con las ideas de Foucault.

Cardoso concluye que la "valorización política de los movimientos sociales y una actitud ética de solidaridad con las bases" son positivas; "pero es teóricamente insatisfactorio y políticamente poco eficaz una política de transformación social que no diga qué hacer con o en el Estado para redireccionarlo en beneficio de la mayoría". F.H.Cardoso, 1981. "Regime Político e Mudança Social". Revista de Cultura e Política N° 3. São Paulo: CEDEC).

El edificio del "todo es política", cuando la política vuelve por sus fueros, se derrumba muy rápido. Si no se asume la tarea de pensar en qué consiste específicamente la política (y eventualmente su renovación), reemerge la misma de antaño; o ella pasa simplemente por el lado de quienes no le adjudican ni un rol propio ni un espacio singular.

El alejamiento del "todo es política", sin embargo, tiene un origen que va más allá de las consideraciones anteriores, que se refieren a su ineptitud ante los desafíos reales e ineludibles de la política. El principal problema es que esa idea -más allá de sus intenciones- conduce a un ordenamiento social totalitario.

Se trata de una suerte de imperialismo de la política: todas las dimensiones del hombre y de la actividad social son englutidas por la racionalidad, los objetivos y los requerimientos de la política, esto es, del poder estatal. Cualquier otra faceta del hombre y de su vida social no es más que un satélite que gira alrededor de las demandas del astro central: la política.

Los movimientos sociales, la economía, la cultura, el arte, la ciencia, la vida afectiva o simplemente personal, la propia religión, terminan como esferas regidas por el razonamiento de la política; codificadas según sus conceptos; orientadas por sus propósitos; expresadas de acuerdo a su lenguaje; incluso legitimadas por su moral.

Este reductivismo "politicista" se debe enfrentar, sin embargo, a la rebeldía de las demás esferas, que resiten de mil modos distintos la dependencia, la satelización. Esta defensa de lo propio de la organización económica, del arte, del amor, de la creación científica, del cristianismo, de la juventud, etc. es visto por el politicismo como simple "rezago" de una conciencia "atrasada" (esto es, que aún no accede a la política) frente al cual no caben contemplaciones. En su versión más civilizada, sin embargo, tal defensa se toma como un "gancho" del que la política debe agarrarse para arrastrar a esas otras esferas hacia su propio universo. (En los partidos se constituyen muchas veces "departamentos" especiales con este fin).

Pero lo verdaderamente grave comienza cuando la concepción del "todo es política" llega a alcanzar el control del Estado; cuando conquista un poder efectivo. Ahí esto se convierte en tragedia. Todo -en efecto- se vuelve político. El Estado despliega su poder sin escrúpulos para encuadrar cualquier otra esfera del hombre y de la sociedad según los fines de la política; en este caso, del Es-

tado. (Los medios a través de los cuales lo intenta son infinitos: C. Mílosz los inventaría en su Pensamiento Cautivo).

El resultado es que en la política se disuelve lo propio e irreductible de las otras dimensiones: el arte se hace "com-prometido", pudiendo llegar hasta el realismo socialista; la religión se vuelve justificatoria, ya bien del orden, ya bien de la revolución, pero siempre de una opción política; la creatividad científica termina prisionera del "plan" o debe validar la verdad de Estado; la organización económica se convierte en simple medio para alterar "correlaciones de fuerza"...

Es todo el hombre y toda la sociedad reducidos a una de sus múltiples e irreductibles facetas: la política; subordinados a ella; uniformados por ella. Es el totalitarismo.

No todo es política.

Todo sin embargo puede ser leído o interpretado desde la política. En efecto, cualquier dimensión humana o social puede ser vista, encuadrada y verbalizada según cómo sirve a la conquista, preservación, reforma o gestión de los instrumentos estatales, sea en forma directa o indirecta, conciente o inconciente.

Esa vocación totalista no es empero exclusiva de la política. Está presente también en todas las demás esferas (religión, movimientos sociales, arte, economía, etc.). Desde cualquier campo se puede obtener una visión reductivista -desde sus propios y exclusivos parámetros- del hombre y del panorama de lo social; todos intentan sujetarlos a sus propósitos, códigos, lógica y lenguaje.

Más arriba se ejemplificó con la política. La crítica neoliberal contemporánea a las democracias occidentales y su hipertrofiado "Estado de Bienestar", las críticas de los disidentes en los socialismos reales, así como los propios movimientos utópicos y libertarios en el capitalismo desarrollado, han retomado fuertemente este tema denunciando al "imperialismo" de la política.

Pero otro ejemplo paradigmático del potencial totalista de todas las esferas es lo que ocurre con la economía en las experiencias de tipo neoliberal (como ahora en Chile). Estas consagran explícitamente casi la tesis del imperialismo de la economía. Su objetivo es precisamente expandir su influencia (de la propiedad, del mercado) hasta hacer superflua la política; de hacer que sea el estímulo económico el que incentive a las demás esferas, como el arte, la ciencia, la organización social, etc.; de socializar su razonamiento eficientista de modo que sirva de medida universal para todas las dimensiones del hombre y la sociedad. En breve, la suya es la utopía inversa a la de la política.

(Este imperialismo económico queda magníficamente ilustrado en el ensayo de A. Fontaine Aldunate "Más allá del Leviatán", Estudios Públicos N° 1, 1980, Santiago. En una extensa crónica del pen

samiento liberal señala primeramente "que los comportamientos humanos tomados en conjunto admiten una racionalidad esencial, un cierto orden preestablecido, que no está tejido de la mano "invisible" que divisaba en el siglo XVIII Adam Smith". Y afirma más adelante apoyándose en el economista estadounidense G. Becker, un clásico sobre la materia: "Toda cuestión que plantee un problema de asignación de recursos y de elección, en el cuadro de una situación de escasez, caracterizada por el enfriamiento de finalidades concurrentes" (es decir, todo!!) "pertenece a la economía y puede tratarse mediante el análisis económico". Entusiasmado hasta el extremo Fontaine concluye que "Los pensadores y economistas neoliberales de hoy preconizan una revolución científica tan desconocida como trascendente. No de otro modo puede calificarse la tentativa de llevar el análisis económico y matemático hacia amplias zonas de la conducta humana y social" (que) "responden aproximadamente a los mismos principios que rigen el mercado". (Subrayados nuestros). Con toda corrección se ha calificado a estas ideas como "totalitarismo mercantil").

En el medioevo la función totalista le correspondió a la religión. Su "visión del mundo" ordenaba a todas las demás esferas hasta un grado extremo. Es cierto que el absolutismo religioso ya no existe más; pero las iglesias renunciarían a su propia vocación si no miraran y juzgaran todo lo humano desde su propia fé y moral (desde "el reino" y su "doctrina").

Y se pueden imaginar muchos otros casos. Todo puede ser visto desde la ciencia, es decir, desde la búsqueda acumulativa de la verdad. Se puede juzgar todas las cosas también según el placer que produzcan. El conjunto puede ser visto desde un movimiento social, o sea, desde los particulares intereses de un grupo de la población, con su respectiva proyección societal. Y esta misma operación se puede efectuar desde la esfera del arte: todo es -y no es- arte, porque cualquier actividad puede ser interpretada como "una ampliación de lo real a partir de lo imaginario" (E. Carrasco).

(Esta vocación totalista del arte puede apreciarse en el texto siguiente del C.A.D.A. (Colectivo Acciones de Arte): "... la acción de arte y el acto político se distinguen más por una consecuencia de su terreno de acentuación, que por participar dualísticamente de órdenes distintos. (...) Va algunos esfuerzos de la vanguardia latinoamericana estarían demostrando que es posible entender tanto los objetivos colectivos (una sociedad sin clases) como la militancia

en dichos objetivos, como acciones de arte, es decir, como obras. (...)
... estos esfuerzos... pueden ser referidos en propiedad como: "Arte
de la Historia"... porque hacen del desarrollo histórico y del proceso
dialéctico de sus contradicciones y síntesis, el objeto y el producto
del arte". "Una ponencia del C.A.D.A.". mayo 1982, Santiago. (Subraya-
do el original).

Como se vé, de lo que se trata aquí es, desde el
arte, diluir las fronteras que lo distancian de la esfera de la políti-
tica. Es la misma operación que hemos visto realizarse tantas veces,
pero siempre -hasta ahora- desde la política hacia el arte. La ya co-
nocida consigna del "todo es política" se trastoca aquí en un vehemen-
te ¡"todo es arte"!).

Desde cualquier dimensión vital se puede alcanzar una visión totalista del hombre y la sociedad. Es natural entonces que éstas entren en conflicto entre sí; que unas traten de imponer su propia visión a las otras; que cada una pugne por sepultar a las demás o -cuando menos- por imprimirles su perfil para conquistar por cualquiera de esos medios una situación de dominación.

Un ejemplo típico de esa conflictiva convivencia inter-esferas es el de la crítica relación entre política y cultura. La política, en efecto, difícilmente logra resistir la tentación de subsumir a la cultura, particularmente al trabajo intelectual; y éste último pocas veces logra arrancar de su magnetismo. Esgrimiendo como una acusación el lema "no seáis ingenuos", la política va encuadrando al quehacer intelectual en sus temas y lenguaje; le va determinando su ritmo, que no es otro que el de la contingencia; le va obligando a concluir según lo que son sus propósitos; lo va volviendo, finalmente, un instrumento sofisticado de propaganda. El trabajo intelectual termina anclado a lo inmediato, subordinado al compromiso, enredado en las relaciones públicas. Pierde con eso su rol singular, que no es otro que emprender con radicalidad la crítica de lo existente y la proposición de lo futuro a partir de una lectura rigurosa de lo real.

(Las relaciones entre política y moral son otras marcadas por el conflicto. Como lo señala Flisfisch, "se puede identificar en la historia... una permanente contradicción entre las características que reiteradamente muestra la actividad política y los contenidos de determinadas formas de moralidad que gozan de alguna aceptación social". De allí que la política -cuyo rasgo específico sería "el uso de la violencia física" -construya su propia moral a partir básicamente de la "ética de la responsabilidad" (Weber), la que en ningún caso es idéntica a la moral socialmente aceptada (por ejemplo, en ella no existe la obligación de la verdad o de la honestidad).

Los esfuerzos por resolver la contradicción indica cada entre política y moral han resultado siempre nefastos. Por una parte, una política fundada en la moral es, o bien impracticable o bien

absolutista, casi inquisitorial. Por otra, su resolución a través de la "relativización" de la moral termina por encubrir y "santificar" los medios de la política y sus inevitables "efectos de dominación": convierte "en moralmente adecuados -moralmente buenos- unos actos que, en atención a su puro significado ético" (la guerra y sus muertos, por ejemplo), "son irrefutablemente malos". "... en definitiva hay que rechazar toda postura que predique la absorción de alguno de los polos de la contradicción por el otro". En términos de Weber, hay que reconocer la existencia simultánea de una "ética de la convicción" y de una "ética de la responsabilidad", institucionalizando la contradicción entre moral y política (A. Flisfisch, "En torno a la relación entre moral y política en Max Weber", 1982, Santiago: Documento de Trabajo N° 137, FLACSO).

Esto generalmente no es comprendido así por cristianos que adoptan un compromiso político intenso. Por una parte renuncian a su función singular de crítica a la historia desde la moral (la función profética), y lo mismo exigen a su vez a la Iglesia para que alcance un papel contingente más efectivo; y por otra parte, tienden paradójicamente a enfocar la política desde pautas predominantemente morales, volviéndola muchas veces ineficaz).

Es preciso aprender a vivir en un universo compuesto de múltiples esferas que tienen contradicciones entre sí y cada una de las cuales aspira espontáneamente otorgarle a aquel un sentido único y omnicomprensivo a partir de su propia especificidad. Tal propensión -de ello hay que ser concientes- es lo que ha dado lugar a los más grandes totalitarismos del siglo: el de la política, a través del Estado; y el de la economía, a través del mercado. (Para qué hablar del de la religión, a través de algún ayathollah...).

Digamos pues que la vida no es una sinfonía (ni, tampoco, una epopeya): es más bien un conjunto infinito de variaciones que, escuchadas desde cierta distancia, quizás alcancen alguna armonía. El punto está en saber apreciar cada singular variación, tolerar todas las esferas desde las que se mueven los hombres. Y aprender a desdoblarse, a pasar en un lapso inconmesurable de una esfera a otra, de una a otra variación.

[Porque el origen (¿o el resultado?) de este inmenso malentendido es asumirse uno mismo exclusivamente desde una de sus facetas, a la que se le subordina todo entero. Lo mejor es aceptar y darle tiempo a todas nuestras caras; no iluminar una a costa del oscurecimiento de las otras. Aceptar que uno es esencialmente ambiguo porque está compuesto por múltiples vocaciones entre sí contradictorias. Esto es difícil de reconocer. Existe una poderosa presión social para que uno se reduzca a una faceta, se declare ante todos un incondicional de su causa, y mire al mundo desde su lente; y para que rehuya a la ambigüedad como a la peste. Es una especie de totalitarismo interior).

La nuestra ha sido una visión del mundo erguida casi por completo desde la política. En el fondo, toda situación, proceso, asociación, etc. que carezca de sentido político inmediatamente se desvaloriza ante nuestros ojos. En parte ello es resultado de una sociedad sobrepolítica, como la chilena.

Pero, más allá, detrás de aquella mentalidad "politicista" está presente una premisa más universal: la de que el cambio social (progresista) es obra por excelencia de la política. Y si el cambio es obra de la política, el problema es cómo tomar el poder del Estado, la organización es la del Partido y la vida es la del Militante. Punto.

Las cosas sin embargo no son así como se las ha imaginado.

El cambio progresivo de la humanidad no es obra ni siquiera principal de la política. Hacerlo ver así es una pretensión injustificable de su parte. Tanto o más profundos que los generados por la política son los cambios originados en otras esferas, como la ciencia, la religión, la economía, el arte, la cultura, etc.. El impacto social del descubrimiento de la penicilina, del encarecimiento del petróleo, de la fabricación masiva de micro-procesadores, del Concilio Vaticano II, de la transmisión de televisión vía satélite, del movimiento de liberación de la mujer, de los Beatles, del agotamiento de recursos naturales no-renovables, por ejemplo, es mayor a la larga que el de muchos fenómenos políticos que llenan pasajeramente las páginas de los diarios.

Los hombres y las sociedades evolucionan desde sí mismos, multiforme y molecularmente. Pueden ser modelados desde el Estado, qué duda cabe. Pero serán cambios menos durables, difícilmente auto-reproducibles, que dependen de la violencia. Es el caso de todas las revoluciones políticas, que desembocan en dictaduras precisamente por la ilusión de creer poder remodelar la sociedad desde el Estado sin atender a las demás esferas. Las revoluciones pueden sin embargo alcanzar un signo liberador, pero a condición que conozcan sus limitaciones y sepan desaparecer como tales cuanto antes para que la política reto

me su natural dimensión en la sociedad.

La actividad del hombre por humanizar el mundo no se reduce pues a la política. Todavía más, la mejor, más rica y más perdurable modificación de la vida social es aquella que resulta del juego libre y contradictorio de las infinitas caras y vocaciones que constituyen al hombre y a la sociedad. Tolerarlas a todas, aunque se defiendan a una con pasión, es la principal barrera contra los totalitarismos.

(Este redimensionamiento del rol de la política se podrá objetar arguyendo: i) que coincide con el planteamiento neoliberal adoptado por el régimen, que apunta a eliminar al máximo la política (reemplazándola por el mercado) y por consiguiente, a reducir a un mínimo el Estado; y ii) que dado el peso histórico del Estado en Chile (lo que ha puesto de moda el historiador M. Góngora en un libro reciente), la política ocupa un lugar de privilegio que no puede ser negado.

Respecto al primer argumento -que, en rigor, no es tal- es preciso desmontar un equivoco en el que todos hemos caído por seguir el discurso del régimen. En efecto, éste no ha eliminado la política de la sociedad chilena, sino que la ha exacerbado; tampoco ha reducido el poder del Estado, sino que lo ha incrementado. La imagen de que este sistema descansa simplemente en el mercado es una ficción. Descansa en la política: más concretamente, descansa en la coacción y el orden de un Estado autoritario y excluyente, cuyo poder sobre la sociedad se ha multiplicado respecto al pasado.

Es un error creer que el peso de un Estado hay que medirlo por el número de empresas que posee o servicios que administra. Se mide más bien por el volumen y amplitud de la violencia que pone en ejercicio, la que bajo el actual régimen no guarda parangón con el pasado. De hecho el propio mercado -que ciertamente se ha expandido, e influye ahora notoriamente en los comportamientos sociales- depende en gran medida de la presencia de este Estado robustecido: por sí mismo, es un hecho que no lograría defenderse frente a las presiones que se generan por las desigualdades que reproduce. La utopía económica del fin de la política es en Chile ciertamente más etérea -por condiciones objetivas- que su contraria. Se dice también corrientemente que la sociedad chilena se habría despolitizado (y que habría que repolitizarla). Las cosas se pueden ver también de otro modo. La presencia de un régimen como el actual da cuenta de una sociedad que es obligada a vivir al borde de la guerra, esto es, en el extremo de la sobrepolitización. Se confunde pues "des-democratización" con des-

politización: se da lo primero -porque se ha excluido a la gente de participar en la política- pero no necesariamente lo segundo, como lo prueba la presencia omnipotente del poder (político) del Estado en la sociedad chilena actual.

Respecto al segundo argumento. Es cierto que siempre el Estado ha tenido en Chile un peso inmenso (y estos años no han sido la excepción). Un Estado sui-generis sin embargo (1930-1973): democrático en primer lugar; con tendencias burocráticas apreciables; sin una identificación directa con la clase dominante (incluso con relativa autonomía respecto a ella); que tendió a implementar cambios "desde arriba"; y que mantuvo a las FF.AA al margen del poder político. En suma, un Estado sólido, pero no tan poderoso como se lo imagina. (Si lo hubiera sido tanto como se cree, o bien no hubiera habido gobierno U.P., o bien éste no hubiera sido derrocado por un levantamiento militar precedido por una insurrección civil).

Pero admitamos el juicio común sobre el inmenso peso del Estado chileno. Es lo que ha justificado a la política y a la acción estatal como los ejes del cambio social en Chile. Muchos -desde la izquierda como desde la derecha- subrayan con énfasis las ventajas de un cambio generado desde otro eje, desde la sociedad civil. Sin embargo, frente al cuadro descrito, unos y otros terminan fatalísticamente rindiéndose ante la "evidencia": unos para insistir en alternativas que simplemente reiteran el curso histórico del desarrollo chileno, los otros para defender cotidianamente a un Estado que es la antítesis de lo que dicen proponer.

Es muy difícil romper con esa tradición. El fracaso ostensible de las "revoluciones desde arriba" (desde el Estado) implementadas en los últimos veinte años debiera sin embargo sembrar preguntas sobre la eficacia de tal tipo de política, y sobre el poder efectivo de este Estado. Es cierto, en cualquier caso, que en la situación actual no podrá abrirse camino al cambio sin derrumbar este Estado. Pero mirando más allá, habría que arrancar de ese sino fatalista y pensar en estrategias de cambio menos estatistas; lo que es posible si estructuralmente, en su propia organicidad, la sociedad absorbe las demandas de los sectores postergados; las que en otras condiciones se vuelven demandas al/de Estado).

Dicho lo anterior lo que ahora corresponde salir en defensa de la política.

Con política aquí se refiere a la actividad que tiene como fin la organización, conquista, defensa y gestión del Estado; y que se desarrolla tanto en el seno de éste como en la sociedad civil para representar sus demandas referidas al orden político. Podrán haber otras definiciones de la política. Aquí se trata de encontrar su carácter específico: es lo que pasa por alto cuando "todo es política".

"La determinación recíproca de los sujetos requiere un referente común. No hay límites ni lucha sobre límites donde no hay un lugar de encuentro. Suponiendo una relación de discontinuidad entre los hombres, la continuidad ha de ser creada. Una forma es el Estado. La forma Estado es la instancia de totalidad social respecto a la cual se reconocen los sujetos entre sí y cada cual a sí mismo.

Dicho esquemáticamente: toda política se refiere al Estado en tanto 1) ella trabaja sobre las divisiones en la sociedad; 2) el ordenamiento de las divisiones sociales remite a una totalidad y 3) esa totalidad es representada por la forma Estado". N. Lechner. "Especificando la Política". 1981, Santiago: Documento de Trabajo N° 134, FLACSO.

La política no es por lo demás una actividad cuya especificidad desaparecerá con la "extinción" del Estado. Tal extinción no es posible: todavía más, es innecesaria y peligrosa. Esto porque resulta indispensable la existencia de un ente supraindividual y supragrupal encargado siempre de administrar los asuntos públicos como un conjunto según la dirección que imprima democráticamente la sociedad. Es lo que hace posible el desarrollo de lo singular de las demás esferas humanas, al liberarlas de ese peso general. Y si esto es así, la política será siempre una actividad necesaria, a la vez que especializada.

(Lo mejor pues es adoptar distancia de la tesis de la extinción del Estado. En su nombre -de hecho- lo más que se ha logrado es su expansión. Lo óptimo es una situación donde el Estado, la religión, la ciencia, el arte, la economía, etc., cuenten cada uno con su espacio y su poder; una situación de contrapesos y controles que logren contener la vocación totalitaria de cada una de esas esferas. Todas ellas construyen lo público, porque cada una posee un interés público. Este campo deja pues de ser monopolio de la política. Todavía más, una de las libertades más importantes debiera ser la que otorga a cada esfera el acceso a la conformación de lo público. La democracia se vuelve así un problema crucial, pero no sólo porque garantiza el autogobierno de la esfera política sino -sobre todo- porque asegura una situación en que se toleran todas las esferas de la actividad humana; se inhiben los imperialismos y totalitarismos; y se implementan mecanismos de control social de las decisiones públicas en esta amplia acepción).

Ha de concluirse que la política no es una actividad masificable, como se hace creer desde su versión imperialista. En efecto, la política ha devenido una actividad profesional, que exige vocación y talento especiales precisamente por el grado de institucionalización en que se desenvuelve. ("No hay política sin formalización", así como no podrían existir "relaciones sociales sin poner en juego los valores personales" de no mediar la "cortesía". Lechner 1981: 40). La gran masa interviene sólo esporádicamente en la política; y generalmente lo hace sólo "para poner en práctica medidas defensivas orientadas por motivaciones que descansan en la moral". (Flisfisch, 1982:67).

La función cotidiana de la política es articular utopías y demandas sociales en proyectos de orden social viables y que despierten un grado de consenso tal en la población que los vuelva factibles. Esto hace de ella, por otra parte, una actividad eminentemente pragmática y subjetiva.

Pragmática porque su horizonte es la coyuntura o, cuando mucho, plazos históricos relativamente cortos. Lo es también porque debe encontrar puntos de encuentro para enhebrar variables independientes y hasta contradictorias entre sí, dándole al conjunto además un sentido coherente con todas ellas. La política es pragmática en tanto se trata básicamente de una "acción racional con arreglos a fines" regida por la "ética de la responsabilidad, lo que obliga a prever las consecuencias de su acción según sus propios fines" (Flisfisch 1982).

(La "fragilidad moral de la ética de la responsa

bilidad está en la raíz de todos los dilemas y paradojas morales que la política trae consigo. A la vez, y puesto que la moral política exige precisamente el estar siempre plenamente consciente de estos dilemas irresolubles, ello otorga a la política -cuando la practica un buen político- un carácter esencialmente trágico". Flisfisch. 1982).

La política es por otra parte subjetiva. Ella se desenvuelve en el continente de las decisiones, de la voluntad; donde el diagnóstico y el análisis son solamente insumos. La política puede apoyarse cuanto quiera en la ciencia (en su más amplia acepción), pero jamás alcanzará su rango (cada vez que ella proclama tal carácter -hay que agregar- se está de seguro caminando por la senda del despotismo). Todavía más: la incertidumbre que pesa sobre los "resultados" de la política, "y que probablemente deriva de la naturaleza conflictiva de ella, confiere a la acción política el carácter de una apuesta". (Flisfisch. 1982).

(Lo dicho antes marca también distancia de la idea de "la política como técnica"; tesis defendida tanto por algunos positivistas norteamericanos como por el marxismo positivista: al decir de Castoriadis, la "transformación del marxismo en teoría acabada (...) contenía en germen la transformación de la política en técnica y en manipulación burocrática, porque la política podía convertirse de ahí en adelante en la aplicación de un saber adquirido a un dominio delimitado y con fines precisos". C. Castoriadis. 1975. L'Institution Imaginaire de la Société. París: Seuil).

El ejercicio de la política, por último, requiere de una organización, que en las sociedades contemporáneas alcanza la forma de Partidos. Estos son maquinarias permanentes, que necesitan de funcionarios, que están obligados a adoptar posiciones simples sobre el máximo de cuestiones con el fin de ganar adeptos y apoyo electoral en los sufragios periódicos; lo que gradualmente se va convirtiendo en el verdadero propósito del partido.

Cada uno de los rasgos señalados puede modularse en cada caso histórico, pero éstos y el Partido son inseparables entre sí; e inseparables del ejercicio moderno de la política.

La humanización progresiva de la historia es una tarea que trasciende con mucho la exclusiva esfera de la política. Su concurso es indispensable, pero él no basta: el arte, la ciencia, las relaciones afectivas, la economía, los movimientos sociales, etc., son palancas tan importantes como la política en esta tarea.

La reducción del cambio social a la política -el imperialismo de la política- tiene consecuencias totalitarias si como concepción alcanza el control del Estado. Pero ya antes -quizás anticipándolo- ese reduccionismo conduce a una vida personal unidimensional, donde se marchitan las restantes vocaciones ante las "exigencias" de la totalista cara política de la vida.

La vida social está compuesta de múltiples dímensiones, cuyo movimiento molecular es el que puede humanizar sólidamente el mundo. Uno mismo es un compuesto de múltiples vocaciones, todas las cuales deben encontrar su momento para desplegarse con libertad.

No hay que extender el campo de la política, como desaprensivamente se afirma a menudo. Hemos llegado a un punto -como resultado de variadas y contradictorias tradiciones- en que el peso de la política en la sociedad y en uno mismo es agobiante. No es éste, por lo tanto, el curso que ha de seguir el cambio.

Si hubiera que proclamar una consigna ella sería la inversa: reducir cuanto se pueda la esfera de la política, del Estado; amplificar cuanto se pueda el campo y la libertad de las demás dimensiones y vocaciones; construir un sistema de contrapoderes que logre el máximo (nunca el total) control sobre la política. Esto implica democracia. Democracia que no se refiere exclusivamente al tema de la gestión interna de la dimensión política, sino a la generación contínua de un orden libre donde cada esfera se desenvuelva con autonomía y participe de lo público con originalidad, asegurando así un control social de las decisiones que afectan a toda la comunidad.

Tras esto no se esconde ninguna suerte de antipoliticismo. Muy por el contrario. La paradoja es que, en la actualidad,

son precisamente los defensores del "todo es política" los que se olvidan de la política concreta, o los que no saben practicarla cuando se presenta la ocasión de hacerlo. Entendida como una práctica peculiar, parcial y limitada en cuanto generadora del cambio, hay que ejercer la política y organizarla, asumiendo las consecuencias que ello a carrea.

No se trata tampoco aquí de defender una supuesta "política tradicional". Hay que renovar ciertamente la política. Pero renovar no significa extenderla al punto que avasalle toda otra dimensión social y humana. Esta confusión es habitual y peligrosa. Renovar la política es una tarea más concreta, que consiste entre otras cosas en hacer más transparentes los nexos ideales y sociales de sus propuestas, más eficiente y democrática sus organizaciones, más estricto el control social sobre su ejercicio, etc.. Pero sin duda lo primero y principal es descorrer el velo sagrado que rodea a la política, sacar a relucir sus límites, contener sus ansias imperialistas. Sólo pues-
ta en su lugar la tarea de la renovación de la política tiene un significado real.

En otros términos. El verdadero desafío es cambiar la vida radicalmente en función y a través de la acción autónoma de los hombres. La renovación de la política -siendo indispensable- no re suelve por sí misma el desafío planteado, porque éste no la compromete solo a ella, sino a todas las esferas humanas.

Eduardo Valenzuela C.

